

CATALOGADO

LA REFORMA AGRARIA Y EL DESARROLLO INDEPENDIENTE

Schafik Jorge Handal *

I – LA REFORMA AGRARIA ES UN PROBLEMA POLITICO Y NO UN PROBLEMA TECNICO

En la América Latina de hoy la Reforma Agraria se ha convertido en un tema de manejo obligado para todas las fuerzas políticas. Casi sólo los grandes terratenientes y sus voceros en la prensa y los partidos se han quedado haciendo una obstinada campaña frontal contra la Reforma Agraria, y empeñándose desesperadamente por mantener sobre el tema el viejo tabú que ya ha sido roto mil veces por la dinámica de la lucha social y política en el Continente y en el mundo entero.

No obstante que el tema de la Reforma Agraria se ha generalizado, perdiendo sus misterios de hace apenas unos diez años, no debe interpretarse el hecho como la formación de un criterio unánime. Todos o casi todos hablamos hoy de Reforma Agraria —es cierto— pero no partimos de los mismos intereses de clase, ni partimos de las mismas premisas teóricas, ni buscamos los mismos objetivos. Debe tenerse en cuenta que aparentemente aboga por una Reforma Agraria en la América Latina hasta el imperialismo yanqui y que no pueden coincidir en nada sus propósitos, por ejemplo, con los que buscan las diversas fuerzas revolucionarias, cuyo común denominador es pre-

* Dirigente político salvadoreño. Egresado de la Facultad de Jurisprudencia y Ciencias Sociales.

cisamente el anti-imperialismo y la lucha por la independencia económica y política verdadera.

¿Qué es lo que determina el cambio de actitud hacia el tema de la Reforma Agraria? (y fijarse bien que nos referimos al tema y no a la Reforma Agraria misma). Sin duda que al responder esta pregunta debe colocarse en primer lugar a la Revolución Cubana y al auge del movimiento revolucionario de masas a escala continental y, más aún, a escala mundial. El mundo de los países coloniales y dependientes, el mundo que ha dado en llamarse con ese término impreciso y neutro de "subdesarrollado", entró a la primera escena de la Historia a partir de los años siguientes a la segunda guerra mundial y especialmente a partir de los años cincuenta, con un Programa de claras demandas antimperialistas y antioligárquicas, empuñado por sus pueblos como una bandera de combate: independencia política y económica, nacionalización de las empresas de capital monopolista extranjero, tierra para quienes la trabajan, democracia, desarrollo económico y social, en suma, cambios profundos, revolución social. En segundo lugar, habría que tener en cuenta que en la América Latina, aunque con lentitud y dentro de cauces deformadores, se viene produciendo un proceso de desarrollo capitalista, especialmente con la industrialización; proceso para el cual se hacen imprescindibles ciertas reformas en la atrasada estructura semi-feudal del campo, a fin de ensanchar el mercado interno y dar base a la formación o ensanchamiento de una clase obrera calificada y de una burguesía nacional próspera. Esta necesidad de reformas en la estructura agraria latinoamericana se plantea incluso para los monopolios imperialistas yanquis que, ávidos de mercados para sus productos industriales y de áreas de inversión para su capital excedente, tras las ganancias máximas, han empezado a encontrar en su camino el obstáculo de las rígidas limitaciones que imponen la estructura latifundista semi-feudal.

Así, pues, son variadas las fuerzas sociales y políticas que tienen interés en producir una modificación de la estructura agraria del Continente. El imperialismo yanqui y otras fuerzas de derecha aprovechan la ocasión para convertir la Reforma Agraria en un tema de su propaganda hacia los pueblos latinoamericanos, procurando vestirse con el ropaje de quienes luchan por el progreso social, por una vida mejor para las amplias mayorías. El tema de la Reforma Agraria, junto a otras reformas y medidas socio-económicas (Reforma Tributaria, construcción de viviendas, dotación de agua potable y alcantarillado, etc.), forman el cuerpo de los Programas políticos con los que fuerzas tradicionalmente derechistas, conservadoras, se presentan ahora en la arena de la lucha política buscando una postergación del proceso revolucionario, que viene madurando inexorablemente en nuestro Continente.

Esta coincidencia entre tan diversas fuerzas sociales y políticas en torno de la necesidad de una Reforma Agraria, tiene valor real y positivo solamente en cuanto aísla las posiciones recalcitrantes de los grandes latifundistas y de sus representantes políticos, pero es puramente una apariencia si se examinan los programas concretos de Reforma Agraria de cada una de ellas. Entonces se ponen de manifiesto que esos Programas parten de intereses y premisas distintos y, lo que es más decisivo, buscan alcanzar objetivos distintos y hasta contrapuestos. El problema agrario está en la base del atraso y la dependencia económica de todos los países latinoamericanos, —en unos más que en otros—, por lo que resolver este problema, vale decir, realizar la Reforma Agraria, es un

asunto decisivo, capaz de determinar todo el rumbo del desarrollo ulterior y es por eso que las distintas clases sociales de cada país y el imperialismo norteamericano, procuran darle a la Reforma Agraria el contenido que mejor asegure un rumbo de desarrollo económico, social y político que esté acorde con sus particulares intereses.

Frente a toda esa presión en favor de modificaciones en la estructura semifeudal del campo latinoamericano, las oligarquías terratenientes utilizan sus grandes recursos económicos, sus antiguas influencias políticas dentro de los Ejércitos y la alianza con los grupos gobernantes más retrógrados de los Estados Unidos (cuyo núcleo está constituido por el Pentágono), para mantener intactos sus privilegios e incólume el sistema de la propiedad territorial. Los gobiernos latinoamericanos en su mayoría dominados por camarillas militares reaccionarias, han debido incorporar en la tediosa jerga de los informes presidenciales y los documentos de sus organismos técnicos, todo un muestrario de palabras estereotipadas que eluden el planeamiento del desarrollo, a la justicia social y a la "reforma agraria", acompañada ésta con diversos adjetivos como los siguientes: "evolutiva", "técnica", "integral", etc., que sirven como de murallas mentales para impedir que se difundan y generalicen las ideas revolucionarias que están implícitas en la Reforma Agraria, como teoría o como práctica. Pero de los informes presidenciales, de los discursos de las interminables delegaciones que participan en los incesantes congresos, seminarios, conferencias, etc., interamericanos, auspiciados por la OEA o por la Alianza para el Progreso, esta jerga del progresivismo verbal, no puede pasar a ninguna clase de intentos serios para realizar una Reforma Agraria real, porque sobre la cabeza de estos gobiernos pende la amenaza constante del golpe cuartelario, la presión y la acción corruptora de las oligarquías. No pocos gobernantes latinoamericanos tienen un origen familiar situado en las capas medias pobres, particularmente de los campesinos y los propietarios de talleres artesanales; y salen del gobierno convertidos en grandes latifundistas o acaudalados empresarios de la gran industria, del comercio exterior, de los transportes internos, etc. El problema no está, pues, como lo demuestra la abundante experiencia del Continente, en que se discrepe sólo acerca de si tal o cual plan de Reforma Agraria es más "técnico" o "integral" que otro, de si este o aquel programa de Reforma Agraria es o no demasiado radical; a mi juicio la controversia es mucho más profunda y abarca este otro problema esencial: ¿qué clases sociales son las que en Latinoamérica serán capaces de integrar gobiernos que pongan manos a la obra revolucionaria de cambiar la estructura semifeudal del campo y de asegurar la independencia económica y política? Una cosa parece ya suficientemente probada por la historia: las actuales clases dominantes y los sectores que de uno u otro modo les ayudan a gobernar, no harán jamás la Reforma Agraria ni los demás cambios económicos, sociales y políticos que ya han madurado y que demandan nuestras sociedades para salir del atascamiento y emprender el ascenso por una vía segura de desarrollo.

En resumen, **la Reforma Agraria es un problema político y no un problema técnico**, como se ha pretendido; la realización de la Reforma Agraria presupone el desplazamiento total del Poder de las actuales clases dominantes, la ruptura de las amarras de la dependencia política respecto del imperialismo yanqui y la formación de gobiernos revolucionarios, integrados por representativos de las clases y capas sociales revolucionarias o progresistas del Conti-

nente: la clase obrera, el campesinado, la intelectualidad progresista (principalmente del estudiantado); las capas de pequeños y medianos empresarios de la industria, el comercio y la agricultura; y algunos grandes empresarios cuyos intereses coinciden con las necesidades del desarrollo económico y social y se contraponen a los privilegios y a la explotación de la economía nacional por el imperialismo.

Al acercarse esta alternativa a la decisión, han aparecido movimientos políticos que reclaman una posición "centrista", con Programas de mucho incendio verbal, pero de un contenido indefinido, ambiguo. El más característico de estos movimientos en la América Latina de hoy es el de los partidos demócrata-cristianos. En parte, el "centrismo" es promovido y estimulado por el imperialismo norteamericano, que mira en él a un instrumento capaz de seducir a las masas, particularmente a las capas medias de la población, y de gran utilidad para conseguir nuevos aplazamientos de la revolución. Esta afirmación no se funda en simples sospechas o deducciones, sino que está apoyada en el conocimiento de hechos, como los que salieron a las primeras páginas de la prensa norteamericana y mundial, en los que aparece la Agencia Central de Inteligencia financiando y orientando toda clase de organizaciones "centristas", "evolucionistas", etc., latinoamericanas, norteamericanas y de escala mundial, entre las que se cuentan organizaciones sindicales, de estudiantiles (como el movimiento estudiantil democristiano de Chile, la central estudiantil divisionista, COSEC-CIE, etc.) y escuelas de capacitación política (como la que funciona en Costa Rica bajo el patrocinio aparente de los partidos "centristas" de Rómulo Betancourt y de José Figueres).

Sin embargo, sería miope no ver que los movimientos "centristas" cuentan con una base social propia en el Continente, formada por amplios sectores de la pequeña burguesía que aspira a cambios, pero que se encuentra aterrizada por la venenosa y deformadora propaganda anti-comunista. "Cambios sí, pero no tanto", tal parece ser la fórmula esencial del pensamiento político de estos sectores pequeño burgueses, que han logrado influir sobre masas más o menos grandes de indigentes y trabajadores del campo y la ciudad con sus encendidas disertaciones sobre una "revolución cristiana", una "revolución de los pobres", "una evolución democrática", etc. La experiencia venezolana con el Partido Acción Democrática, la costarricense con el partido de Figueres y la chilena, con el Partido Demócrata Cristiano, demuestran que estos movimientos "centristas" una vez alcanzan el Poder no realizan los cambios profundos y urgentes, sino que se esfuerzan por conservar la vieja estructura socio-económica. En el caso de Chile, el PDC se ha dividido a causa de las inconsecuencias del gobierno de Frei para emprender los cambios que ofreció durante la campaña electoral —la Reforma Agraria entre ellos—, desprendiéndose de su seno el ala de izquierda, que ahora se acerca a las posiciones de las fuerzas revolucionarias unidas bajo la bandera del Frente Revolucionario de Acción Popular (FRAP).

América Latina está entrando ahora en un nuevo período de crisis de coyuntura derivada de la baja de precios de las materias primas de exportación, baja en la que los monopolios yanquis juegan activo papel, que está agravando y agravará aún más sus viejos problemas estructurales. Esta crisis de coyuntura y la crisis de estructura, que es más profunda, forman la base material de un

nuevo proceso de auge revolucionario de masas. El auge anterior, culminado en 1962-63, trajo la victoria revolucionaria en Cuba, una frustrada victoria popular en Venezuela (frustrada por las fuerzas "centristas" del betancourismo) y un gran desarrollo del movimiento revolucionario a escala continental. Sin menospreciar el aprendizaje que durante estos últimos diez años han hecho el imperialismo y las oligarquías nacionales en la lucha contra la revolución latinoamericana, creemos contar con suficiente base para afirmar que la cadena de la dominación imperialista y oligárquica, se romperá en varios eslabones más durante los próximos años de auge revolucionario y que la Reforma Agraria estará en el centro de las grandes transformaciones económicas, sociales y políticas que realicen las revoluciones triunfantes, como la puerta de entrada a más profundos y veloces cambios.

El tema de la Reforma Agraria, pese a los esfuerzos por escamotearle su contenido revolucionario que hace el imperialismo ayudado por todo su séquito de organismos "técnicos", de partidos "centristas" y propagandistas "de nuevo tipo", sigue siendo, por tanto, un asunto candente que define en gran medida los campos entre la reacción y la revolución. En el papel hay ahora muchas "reformas agrarias", pero en la práctica de la historia ésta sigue siendo una sola: aquella que es capaz de liquidar el monopolio semifeudal sobre la tierra, de quitar la base al Poder de las actuales clases dominantes y de abrir la brecha para el sucesivo y rápido desarrollo hacia la independencia económica y política verdaderas y hacia metas más avanzadas, las metas del socialismo.

No es mi propósito hacer aquí el estudio de las diferentes posiciones sobre la Reforma Agraria que se debaten en la América Latina. Me propongo examinar en este artículo la relación que existe entre la Reforma Agraria y el desarrollo económico en los países dependientes y atrasados, como El Salvador. Más exactamente, me concretaré al enfoque y análisis de la relación entre la Reforma Agraria y los problemas del "despegue" hacia el desarrollo en países como el nuestro.

Estimo que se hace indispensable llevar el estudio y la discusión de la Reforma Agraria a este terreno con el fin de contribuir a una toma de conciencia más completa sobre las causas y soluciones de nuestros grandes problemas nacionales, aprovechando el vigoroso impulso de la reciente campaña presidencial, cuyo aporte al desarrollo histórico de nuestra Patria todos estamos aún lejos de valorar en su exacta magnitud. El debate político general, estuvo girando en torno de los grandes problemas sociales y sus raíces económicas, principalmente en torno del problema agrario y la Reforma Agraria. Todas las clases sociales expresaron en esta ocasión su pensamiento y, más que su pensamiento, la oligarquía exhibió su carencia absoluta de ideas constructivas para el desarrollo nacional y su inclinación irracional a amenazar con la pistola, instantáneamente, frente a todo planteamiento de cambio. Sin embargo, la histeria de los señores de la tierra subrayó con tinta indeleble esta fundamental tesis revolucionaria: **la Reforma Agraria es un problema político y no un problema técnico**; un problema político que solamente puede resolverse por medio de una triunfante lucha política, es decir, del desplazamiento de las actuales clases dominantes del Poder del Estado y la consiguiente formación de un gobierno popular, demócrata, independiente y revolucionario. La técnica vendrá, desde luego, en auxilio de un programa de Reforma Agra-

na, para darle eficiencia y asegurar el logro de sus metas. Todos entendemos esto, pero no es en modo alguno la técnica sino la política el escenario de esta batalla histórica de los pueblos dependientes y semif feudales como el nuestro.

II.—RELACION DEL PROBLEMA AGRARIO CON LA DEPENDENCIA Y EL ATRASO

En América Latina, el desarrollo capitalista llegó tarde. Europa había presenciado un siglo atrás las grandes alboradas de la revolución burguesa. Inglaterra transformada por la Revolución Industrial, era ya “el taller del mundo” cuando arribaron a las costas americanas las relaciones capitalistas de producción. Y eso de que las relaciones capitalistas de producción arribaron a las costas latinoamericanas no es metáfora sino realidad concreta, porque en nuestros días, a diferencia de Europa, el desarrollo capitalista no ha sido un fenómeno autodinámico, de surgimiento interior en la dialéctica de la maduración y descomposición de la sociedad feudal. La colonia española estableció un sistema de mezcla feudal y esclavista, con fuertes supervivencias de la primitiva economía indígena. En Europa, la joven economía capitalista, surgida del seno de la sociedad feudal, había exaltado hasta el Poder del Estado, desde fines del siglo XVII y durante el siglo XVIII, a la clase burguesa, la clase de los empresarios capitalistas. Esta revolución en la economía y la política, había dado sus frutos ideológicos de terrible fuerza “subversiva” para su época. Las agudas contradicciones engendradas por la colonia entre peninsulares y criollos, entre los colonizadores y los indígenas y mestizos; la ideología liberal de la revolución burguesa europea, especialmente las ideas de los pensadores franceses; la ofensiva en demanda del libre comercio entre el viejo y el nuevo mundo, terminaron apresurando dentro de éste la lucha independentista y abrieron una puerta más amplia a las nuevas relaciones de producción llegadas desde fuera: la producción mercantil, la empresa capitalista, la economía del mercado, el salario, etc., que se incrustaron en el sistema colonial como un cuerpo extraño, pero al mismo tiempo como un activo y vigoroso agente de modificación.

Un creciente comercio latinoamericano con la Europa ávida de mercados para sus productos y de materias primas para su industria en desarrollo, el surgimiento de una clase local de grandes mercaderes, grandes empresarios de la producción agropecuaria y minera, ligados al comercio exterior; el despojo en gran escala de la tierra de labranza de las comunidades indígenas, de los ejidos (creados por España) y de los campesinos individuales; la conversión en jornaleros asalariados de centenares de miles de pequeños propietarios campesinos, colonos, etc., para abastecer de mano de obra a las plantaciones, las minas, los puertos y ferrocarriles; tales fueron los frutos más tempranos de este proceso de desarrollo capitalista, después de la emancipación respecto de España. Las débiles economías coloniales latinoamericanas comenzaron a reorganizarse de acuerdo a las exigencias de este inductor de desarrollo situado en el comercio exterior, hasta convertirse en economías “hacia fuera” Para el caso de El Salvador, fue el año el vínculo más fuerte con la Europa industrial de fines del siglo XVIII y primeros dos tercios del siglo XIX y, al mismo tiempo, el vehículo más activo para inducir el reacondicionamiento

de la economía colonial. La declinación del añil por la producción de colorantes químicos y su reemplazo por otra materia prima de exportación —el café— completó la obra de la reorganización económica por medio de una reforma agraria burguesa que liquidó las comunidades indígenas y los ejidos, despojó de su tierra a miles y miles de campesinos, transformándolos en jornaleros asalariados, estableció la propiedad privada como forma única de propiedad sobre la tierra y dio origen a un abrumador monopolio latifundista sobre el territorio agrícola nacional, en manos de unas cuantas centenas de familias señoriales.

Los países latinoamericanos se convirtieron de esta manera en mercados de consumo y apéndices abastecedores de materias primas agrícolas y mineras del taller industrial europeo. Tras esta dependencia económica vino inevitablemente la dependencia política.

El pujante desarrollo industrial capitalista de los EE. UU de Norteamérica, cuya lucha de independencia fue una auténtica revolución burguesa, lo situó pronto en la posición de gran potencia que, progresivamente, puso en la esfera de su dominio económico y político a todo el Continente, tras el desalojo de Inglaterra y de otras potencias europeas.

Pero el desarrollo capitalista de Latinoamérica guarda gran diferencia con el proceso europeo, diferencia que es indispensable tener presente para cualquier análisis serio de los problemas del desarrollo de nuestros países.

En Europa, el desarrollo capitalista arrancó en la industria, particularmente en la mecanización (la "Revolución Industrial") y hasta después se extendió el sistema a la minería y a la agricultura. En esto no hubo por cierto ninguna casualidad, sino el cumplimiento de una rigurosa lógica del desarrollo autodinámico. Para América Latina, para los países de África y Asia, esta lógica del proceso de advenimiento de la economía capitalista aparece invertida: ha marchado desde el comercio exterior, la agricultura o la minería, hacia la producción industrial. La causa de tal inversión del proceso radica en que el capitalismo no surgió aquí como un fenómeno interno, autodinámico, en virtud de la maduración y descomposición de la sociedad feudal, sino que vino desde afuera, en el tráfico mercantil con Europa. El mismo descubrimiento de América obedeció al proceso de desarrollo del capitalismo europeo en la entraña del feudalismo, que buscaba rutas marítimas para asegurarse y multiplicar el tráfico mercantil, mientras los pueblos del Continente americano, en los casos más avanzados, apenas se encontraban, para entonces, culminando el estadio de la comunidad primitiva e iniciando el paso al esclavismo.

Este desarrollo invertido del capitalismo, actuando sobre una estructura compleja, como lo fue la que instauró la colonia (mezcla de feudalismo, esclavitud y supervivencias de la economía primitiva), tenía que producir una profunda deformación y legar problemas complejos y peculiares. Ante todo, el deforme desarrollo ha estampado su sello en la estructura de la economía agropecuaria y ha hecho del problema agrario uno de los principales nudos a desatar para abrir paso a un desarrollo independiente y para que sea posible poner sobre los pies lo que ha venido estando de cabeza.

a) **Planteamiento teórico del problema**

Aun a riesgo de extender un poco esta parte de mi artículo, creo que tiene mucha importancia el que examinemos de cerca y desde el punto de vista de la teoría económica, la relación que hay entre el problema agrario, la dependencia económica y el "subdesarrollo". Procuraré presentar el cuadro de esta cuestión medular aunque sea en sus lineamientos generales:

En el trinomio, producción, distribución, consumo —las tres grandes esferas de la actividad económica de un país— la producción es sin duda el factor determinante y decisivo. No desconocemos que la distribución y el consumo ejercen gran influencia sobre la producción, acelerando o entorpeciendo su desarrollo, pero es la producción la que decide en el conjunto. La diferenciación entre países agrícolas y países industriales, que es clave para el análisis de problemas cardinales de la actualidad, como por ejemplo los problemas del comercio mundial y el de las palancas del desarrollo económico para los países dependientes, semicoloniales o coloniales, que forman la mayor parte del planeta (espacio y población), parte del reconocimiento de que la producción es lo determinante en la configuración de la economía de los países.

Ahora bien, la producción tiene un doble carácter: por un lado es producción de una masa de valores y, por el otro, es producción de objetos materiales que, por sus cualidades, están destinados a satisfacer necesidades de consumo de las personas (alimentos, vestido, etc.) o del consumo de la producción misma (materias primas, máquinas, electricidad, etc.). La producción satisface, pues, necesidades en especie y, al mismo tiempo, origina valores.

Característica esencial de la producción es la de que ella consiste en un proceso continuo, permanente. Para asegurar esa continuidad es indispensable que los bienes y valores consumidos en el proceso productivo (las materias primas, las máquinas, la fuerza motriz, etc.), sean continuamente repuestos y que sean repuestos también continuamente los objetos y valores consumidos por los trabajadores y por la población en general. La producción pues, supone un proceso de **REPRODUCCION** o de reposición de los objetos materiales y valores consumidos. Si no puede asegurarse normalmente esta reproducción o reposición, el proceso productivo se interrumpe y no puede continuar. ¿Cómo es que se efectúa la reproducción? Echemos un vistazo sobre este decisivo asunto.

Partiendo de las premisas que ya hemos dejado sentadas, puede notarse con facilidad que la producción de un país **cuenta con dos SECCIONES**: las dos crean valores, pero una de ellas produce objetos destinados al consumo de las empresas industriales y agropecuarias, es decir, **medios de producción**, y la otra se especializa en producir objetos destinados al consumo de las personas. La Primera Sección (así la llamaremos en adelante) debe producir suficientes medios de producción, tanto para reponer los que ella misma consume y desgasta, como también los suficientes para reponer los consumidos y desgastados en la Segunda Sección (en adelante la nombraremos así). Además, la Primera Sección debe crear un volumen excedente de medios de producción, para asegurar el desarrollo de ambas Secciones, en otras palabras, el crecimiento de la economía nacional. Por lo que toca a la Segunda Sección, a ella le corresponde crear suficientes alimentos, ropa, enseres del hogar y demás objetos de consumo personal, para abastecer a todos los trabajadores y empresarios de ambas Secciones, y a todas las familias de éstos, en suma, a

toda la población que posee demanda solvente. Además, la Segunda Sección debe producir también un excedente de objetos para el consumo personal, a fin de asegurar el abastecimiento para el incremento de la demanda solvente que se originará al aumentar el número de trabajadores que devengan salario, de empresarios que obtienen ganancias, o que aumentan el volumen de éstas, etc., dicho de otro modo, para atender en su terreno a crecientes necesidades del crecimiento económico.

La cooperación entre ambas Secciones de la producción se efectúa por medio del intercambio mercantil y aquí es donde reviste importancia el que la producción asegure no sólo la masa de productos en especie, en la cantidad, variedad y calidad necesarias, sino también el que esa masa de productos contenga un valor adecuado para permitir la realización del intercambio por medio de la compraventa y para asegurar la acumulación de recursos en dinero destinados a nuevas inversiones, es decir, al desarrollo económico.

En resumen, el proceso normal de la reproducción consiste en la creación de valores y objetos materiales suficientes para reponer los consumidos y gastados y para asegurar el desarrollo económico.

Una plena y absoluta satisfacción mutua entre las dos Secciones de la producción no puede alcanzarse dentro de cada país y debe complementarse con el intercambio mundial, cuyo fundamento estriba en la división internacional del trabajo. Para los países desarrollados —que lo son precisamente porque cuentan con las dos Secciones de su producción desarrolladas— el comercio exterior es precisamente eso, un complemento, que sólo representa entre el 5 y el 25 por ciento de la actividad económica nacional. Lo típico de los países atrasados es, por el contrario, el insuficiente y deforme desarrollo de las dos Secciones, principalmente de la Primera (producción de medios de producción), de manera que el proceso de la reproducción, de la acumulación de recursos en dinero y del desarrollo, se ven seriamente afectados. El débil y deforme desarrollo de las dos Secciones de la producción en los países atrasados, condiciona distintos grados de dependencia respecto de la economía de los países capitalistas desarrollados por medio del comercio exterior, entre otras formas. Estos países vienen a ser —como dije atrás— apéndices complementarios de la economía de las potencias capitalistas desarrolladas. En los países dependientes y coloniales el volumen del comercio exterior representa, por su valor, del 25 al 60 y más por ciento de la actividad económica.

El problema no sería grave y los pueblos atrasados podrían salir de su situación hasta alcanzar el desarrollo pleno, si el intercambio comercial con los países capitalistas industriales se realizara en términos **equivalentes**. Sin embargo, ello no ocurre así. En la práctica, los precios de los artículos industriales que importan los países atrasados van en una curva ascendente, sin altibajos; mientras que la curva de los precios de las materias primas agrícolas y mineras es descendente y con fuertes oscilaciones críticas. Dicho de otro modo, los países atrasados entregan cada vez una masa mayor de materias primas a cambio de un valor cada vez menor y en cambio reciben una masa cada vez menor de productos industriales entregando un valor cada vez mayor. Y no se trata de que se haya reducido proporcionalmente el trabajo social que es necesario para producir esas materias primas, no se trata de una reducción auténtica del valor de las materias primas; se trata de otra cosa: las po-

tencias capitalistas industriales, aprovechando su posición económica preminente y la absoluta urgencia de los países atrasados por venderles sus productos, empujan los precios hacia la baja por medio de variados procedimientos, mientras aumentan los precios de sus mercancías industriales. Por ese medio, lisa y llanamente se apropian de enormes sumas de valor no pagado, que constituyen un auténtico tributo de país pobre a país rico y un saqueo que entorpece el desarrollo de los primeros, agravando sus problemas sociales.

La tendencia ascendente en los precios de los productos industriales y la tendencia descendente en los precios de las materias primas, se asemeja a unas grandes tijeras cuya acción recorta enormes sumas de valor —de trabajo social— creado por los pueblos atrasados, a favor de la multimillonaria oligarquía financiera que domina la economía y la política de las metrópolis capitalistas imperiales.

Para el caso de El Salvador, por ejemplo, el valor promedio de cada tonelada de sus exportaciones en el año de 1957 fue de ₡ 2.173.00, mientras que en 1966 apenas alcanzó a ₡ 881.00 (1). Si el cálculo se redujera a las exportaciones hacia las grandes potencias capitalistas —Estados Unidos principalmente— y se dejara por fuera la exportación hacia otros países, en especial a Centroamérica, la diferencia resultaría aún mayor. Hay que tener presente que en los últimos años las exportaciones a Centroamérica han aumentado mucho y no en materias primas o productos agropecuarios en general, sino en artículos industriales.

Si en 1966 hubiera vendido El Salvador sus exportaciones a precios de 1957, habría obtenido MIL CIENTO OCHENTA MILLONES DE COLONES, pero en realidad sólo obtuvo 480 millones (703 millones menos de los que le hubieran correspondido). Por lo que se refiere a las importaciones salvadoreñas, el valor promedio de cada tonelada ha bajado un poco durante los diez años que estamos comprando, a causa de que una parte importante de las compras se ha desplazado hacia Japón, Europa Occidental y el resto de Centroamérica, donde hay en general un nivel de precios inferior al norteamericano, y también porque se ha incrementado considerablemente la importación de cereales y otros alimentos, lo mismo que las materias primas para numerosas fábricas instaladas en el país en este período. En 1957, en efecto, el precio promedio de una tonelada de productos importados fue de ₡ 627.00 y en 1966 había bajado a ₡ 497.00 (1). De manera que si la importación total se hubiera pagado en 1966 a precios de 1957, se habrían desembolsado 695 millones de colones y no los 552 millones que efectivamente se pagaron. Esta reducción de 143 millones de colones en favor del país no alcanza, sin embargo, para compensar ni una cuarta parte de las enormes pérdidas causadas por la reducción de los precios de la exportación en ese mismo año 1966, comparado con 1957.

El ejemplo de nuestro país es suficientemente ilustrativo de la situación que prevalece en el comercio entre países atrasados y potencias capitalistas y permite comprender una de las causas que entorpecen el desarrollo de los primeros. Se comprende que en tales condiciones no pueda asegurarse una cuota nacional de acumulación de capital adecuada para los requerimientos del desa-

(1) Calculado en base de los datos publicados por el Banco Central de Reserva — Revista Mensual de febrero de 1967.

rollo y que la débil e insuficiente acumulación de capital haga de estos países zonas ávidas de inversión, que procuran atraerse el capital extranjero de los grandes monopolios imperialistas, compitiendo entre sí para ofrecer a éstos toda suerte de privilegios tributarios y garantías políticas. El capital extranjero se invierte creando cierta apariencia de desarrollo, que no sirve en lo mínimo para extinguir la miseria, el hambre, el atraso social en general, pero que sí hacen más dependientes económica y políticamente a nuestros países. Cada inversión en empresas, cada préstamo público o privado que los monopolios realizan aquí, se convierten en un nuevo tubo de succión de nuestro trabajo social en la forma de exportación de ganancias e intereses hacia la metrópoli, minando aún más las posibilidades de un desarrollo nacional auténtico. Los privilegios, la superioridad técnica y en experiencia administrativa, la superioridad en el volumen del capital invertido, hace de las empresas de capital extranjero un mazo que se descarga contra las empresas de capital nacional o contra sus asociados nacionales en las llamadas "empresas mixtas", estrechando sus posibilidades de crecimiento y limitando, hasta la asfixia, las posibilidades de que surjan y se desarrollen nuevos capitales nacionales, por medio de un proceso normal de acumulación y ampliación. La base material de la dependencia política y económica y del atraso social crónico, queda así reforzada profundamente. Para salir de estas férreas tenazas de la dependencia y el atraso, no basta con poseer sentimientos patrióticos y deseárselo intensamente; se hace imprescindible, además de eso, realizar cambios de profundidad en la estructura económica; y éste es ya un problema a dirimirse por medio de la lucha política, porque la dependencia económica y el atraso semi-feudal han engendrado su propio poder estatal reaccionario y han formado una costra de hombres de Estado y de ideólogos oscuros, ciegamente aferrados a la idea de conservar el orden establecido. La posibilidad de realizar cambios de estructura está, pues, condicionada al desplazamiento del Poder de las actuales clases dominantes, de sus ideólogos y estadistas, y a la instauración de un Poder revolucionario, encabezado por estadistas surgidos de la entraña popular, dotados de claridad programática y firmeza inquebrantable para resistir a pie firme el furioso embate del imperialismo y de la reacción interna, que buscarían por todos los medios la restauración de su dominio.

Más adelante concretaré cuáles son esos cambios estructurales que deben realizarse. Debemos antes de eso proseguir analizando otros aspectos de este problema, para arribar a conclusiones.

b) Problemas del "despegue" hacia un desarrollo independiente

Cuando la producción de los actuales países capitalistas desarrollados se basaba en una técnica y herramientas manuales, la Segunda Sección (productora para el consumo personal), tenía mayor envergadura y marchaba más rápido en su crecimiento que la Primera Sección (productora de medios de producción). Los medios de producción consistían en herramientas de metal rudimentarias, confeccionadas en pequeños talleres de fundición y forja, en pequeñas cantidades de materias primas agrícolas conseguidas mediante cultivos más o menos pequeños o mediante el pastoreo primitivo; o en pequeñas cantidades de minerales extraídos por un trabajo basado en el uso del pico y la pala. Pero cuando la producción fue revolucionada por la mecanización, variaron profundamente las proporciones existentes entre las dos Secciones:

la Primera Sección pasó a ser la más voluminosa, la que concentra más trabajo social, mayores inversiones de capital, las empresas de mayor concentración de capital y la que marcha a un ritmo más veloz de crecimiento y desarrollo técnico. Ahora la Primera Sección se compone de grandes usinas, enormes combinados metalúrgicos que construyen máquinas de toda clase, grandes astilleros, gigantescas represas eléctricas y sistemas energéticos; gigantescos combinados químicos, etc., etc.; sus empresas concentran a menudo varias decenas de miles de obreros. Esta nueva proporcionalidad entre las dos Secciones de la producción tiene el carácter de una LEY del desarrollo económico moderno: la ley del desarrollo preferente de la Primera Sección.

Al alcanzarse el desarrollo preferente de la Primera Sección, se producen grandes cambios en las demás esferas de la economía, que favorecen los altos ritmos de crecimiento. Veamos lo que ocurre con el mercado: en los países desarrollados, la compra-venta de medios de producción (creados por la Primera Sección) forma la parte más voluminosa y rica del mercado interior. Es en este sector del mercado donde se realizan las transacciones comerciales más grandes, muchas veces superiores en conjunto —tanto por su masa física, como por su valor— a las transacciones que se realizan en el mercado de objetos de consumo personal. Los clientes de las empresas de la Primera Sección son las demás empresas del país o del extranjero y no directamente la población; de donde resulta que las ventas no dependen en forma inmediata del poder adquisitivo de las grandes masas del pueblo, aunque en definitiva se encuentran limitadas de modo directo y mediato por ese poder adquisitivo. En la formación y crecimiento del mercado nacional el desarrollo de la Primera Sección reviste, por tanto, una importancia decisiva y sirve de soporte sólido a la independencia económica de un país.

De lo dicho se desprende que lo medular en el “despegue” o “arranque” del desarrollo económico, consiste en resolver aquellos problemas o trabas que impiden una progresiva y normal formación de las dos Secciones de la producción a un ritmo acorde con el crecimiento de la población y en particular la formación y desarrollo de la Primera Sección hasta alcanzar, dentro de las limitaciones propias de cada país, la suficiente superioridad sobre la producción de medios de consumo personal (Segunda Sección). Solamente así puede asegurarse un ritmo suficientemente rápido y cuantioso de acumulación nacional de capital y la ampliación sucesiva de la economía.

El capital monopolista extranjero no está interesado en cooperar al desarrollo económico independiente de los países atrasados. Por el contrario, los monopolios imperialistas procuran sabotear y torcer todo plan de desarrollo que se funde en las premisas aquí expuestas. Cuando Brasil, por ejemplo, se lanzó en un dramático esfuerzo para desarrollar su industria petrolera y la petroquímica, creando para ello una empresa estatal (la “PETROBAS”), los monopolios yanquis (la ESSO principalmente) se dedicaron a sabotearla, pagando por debajo de cuerda grandes sumas de dólares a los técnicos norteamericanos que habían sido contratados por Brasil para hacer el estudio geológico del suelo y dirigir las perforaciones. A cambio de esa paga, los técnicos mentían al gobierno brasileño afirmando que no había petróleo en las zonas donde precisamente abundaba más. No limitándose a ese sabotaje, los monopolios yanquis se enfrascaron en la conspiración para derrocar al gobierno presidido

por Getulio Vargas, quien en los límites de su resistencia decidió poner fin a su vida con el propósito de que su muerte conmoviera a la nación entera y la pusiera en plan de lucha para defender la riqueza nacional y el derecho a la independencia económica, tal como efectivamente ocurrió. La carta que escribió Getulio Vargas antes de suicidarse es una denuncia contra los monopolios yanquis y un llamamiento a su pueblo para defender el petróleo y la independencia nacional. Quienes pregonan la receta de las inversiones yanquis como unguento milagroso para sanar el atraso e impulsar el desarrollo económico de nuestros países, en realidad trabajan a conciencia contra su Patria o simplemente no saben una palabra sobre el contenido de esta cuestión.

Los llamados países "subdesarrollados" carecen de una moderna y suficientemente desarrollada Sección productora de medios de producción, y en algunos casos prácticamente carecen de ella. Podría decirse, en términos generales, que estos países forman parte de una u otra Sección de los países capitalistas desarrollados. Unos son simples productores de materias primas agrícolas y de alimentos que se exportan en su mayor parte sin procesamiento industrial hacia las metrópolis capitalistas; otros son bolsones de minas, o mantos petroleros explotados en su mayoría por compañías extranjeras. La economía toda de estos países gira en torno de la suerte que corren estos productos en el comercio exterior y no pueden asegurarse un ritmo sostenido de desarrollo, puesto que su proceso de reproducción y acumulación queda dependiendo, casi por entero, de factores externos bajo el control de grandes y poderosos monopolios que actúan siempre, invariablemente, en la dirección que más conviene a su ilimitada avidez de ganancias. Las constantes fluctuaciones de los precios de los productos primarios en el mercado capitalista, arrastran la economía de estos países a dramáticos bandazos que retardan una y otra vez su desarrollo. El Salvador está entrando en la actualidad en uno de esos bandazos, a causa de la caída de los precios de sus exportaciones.

Es aquí donde debemos traer a cuenta la incidencia del problema agrario. Los países dependientes y atrasados son de economía agrícola y su producción agropecuaria está acondicionada en dos sectores: uno produce para exportar y allí hay florecimiento, técnica moderna, abundantes créditos, carreteras, etc., cuando el mercado exterior es favorable; y otro sector sumamente atrasado, donde se produce para el consumo interno, donde se trabaja con herramientas rudimentarias, casi sin abonos, sin insecticidas ni tractores, y donde se conserva la mayor cuota de residuos feudales en el terreno de las relaciones de producción (trabajo servil o semi-servil principalmente). Esta economía agraria se basa en una alta concentración de la tierra en los latifundios, que son propiedad de unos cuantos cientos de familias. Los grandes empresarios agrícolas del sector de exportación son al mismo tiempo grandes terratenientes que poseen también latifundios semi-feudales, casi improductivos, en el sector destinado al consumo interno, son simultáneamente grandes negociantes de la exportación y la importación, grandes banqueros y empresarios de la incipiente industria y propietarios de grandes empresas de comercio interior. Los señores de la tierra forman, pues, una oligarquía que posee llaves maestras de la economía y el poder, pero la fuente primigenia y determinante de su riqueza y poderío reside en la explotación de las grandes masas de jornaleros y pequeños agricultores que le permite su monopolio latifundista.

El desarrollo de la producción agropecuaria bajo la influencia de los

fenómenos de la dependencia económica, trae consigo la conservación de las viejas relaciones de producción feudales, incluso en el sector que produce para exportar, en todo lo que ellas contribuyen, a volver barato el precio de la mano de obra y en general los costos de producción. La anquilosada clase de los latifundistas se ve profundamente respaldada por este camino de desenvolvimiento económico; y va adquiriendo un carácter cada vez más parasitario, a medida que se generaliza el arrendamiento capitalista de la tierra para las plantaciones de exportación. La mano de obra abunda y como su empleo depende del ciclo de las siembras y cosechas en el sector que produce para la exportación, permanecen la mayor parte del año desocupada, con los consiguientes sufrimientos para cientos de miles de trabajadores y sus familias y con el efecto más grave aún, de significar un grosero desperdicio de capacidad productiva, un despilfarro absurdo de energías que podrían estar al servicio del progreso nacional. Como es sabido, la miseria que esta situación depara a inmensas masas trabajadoras se vuelve, a su vez, en causa de otros tantos padecimientos del subdesarrollo: atraso de la educación y la cultura nacional; bajas expectativas de vida, escasas posibilidades para formar una clase obrera de alta calificación técnica y una capa de especialistas que permitan alcanzar altos niveles de productividad, indispensables para el desarrollo en los moldes modernos.

El retraso feudal, la extrema concentración de la tierra en pocas manos; el enorme peso muerto de la gran masa de renta que se tributa a los terratenientes; la ocupación estacional combinada con largos períodos de desempleo; la abundancia de trabajadores sin tierra necesitados de vender su fuerza de trabajo; todo esto, unido al hecho de que los empresarios de la agricultura no están interesados en elevar el poder adquisitivo de las masas trabajadoras nacionales, porque no les venden nada a ellas, sino que lo exportan todo o casi todo a las metrópolis capitalistas, determina un bajísimo nivel de salarios y un bajísimo poder comprador del mercado interno para la Segunda Sección. Por otra parte, la baja cuota de acumulación de capital para los pequeños y medianos agricultores, cuyas ganancias absorbe el rentista dueño del suelo y con frecuencia prestamista usurario, mantiene el atraso de su técnica y sus herramientas y no les permite constituirse en un mercado importante de medios de producción para estimular el desarrollo de la Primera Sección. Los grandes empresarios de las plantaciones, por su parte, prefieren importar los medios de producción que consumen (fertilizantes, insecticidas, herbicidas, tractores y otras máquinas, etc.) porque les resulta ventajoso combinar su negocio de exportación con el de la importación.

De este modo el mercado interno se encuentra constreñido para ambas Secciones y eso impone ritmos lentos al desarrollo de la producción con destino al consumo nacional, en especial al desarrollo de la industrialización, y obliga a continuar la funesta línea de desarrollo "hacia afuera" de toda la economía del país.

Reorganizar la economía nacional, realizar cambios profundos para "despegar" hacia un desarrollo independiente, que asegure a las amplias masas una vida civilizada y moderna, tanto en lo material como en lo cultural, presupone la destrucción del imperio de la oligarquía, la liquidación de su monopolio latifundista, la liquidación de su poderío bancario y político, de su hegemonía en el comercio exterior. Estos cambios arrancan, pues, con la Reforma Agraria

y afectan a dos enemigos del desarrollo nacional que son poderosos y que tienen a su disposición, prácticamente, el monopolio de todos los medios de difusión del pensamiento, a saber: el imperialismo yanqui, enemigo fundamental del desarrollo independiente; y la oligarquía interna, feroz opositora a todo cambio o reforma que debilite sus privilegios, su poder y su señorío. He aquí por qué es explosivo el tema de la Reforma Agraria y por qué su realización es capaz de cambiar todo el rumbo.

Las leyes de extinción de las Comunidades Indígenas y de los Ejidos (1881 y 1882), produjeron el siglo pasado en El Salvador una reforma agraria para acondicionar la economía del país a las exigencias de la dependencia económica respecto de las metrópolis del capitalismo mundial. Esa reforma agraria estuvo dirigida contra las masas campesinas, a las que despojó y cuya resistencia aplastó con ayuda de la fuerza pública; esa reforma agraria reforzó el poderío de los terratenientes y sentó las bases para la formación de su actual dominio económico y político. La Reforma Agraria que nuestro país necesita ahora está dirigida contra la oligarquía terrateniente e intermediaria y contra el imperialismo, persigue el objetivo de sentar las bases materiales para el “despegue” hacia un desarrollo nacional independiente, al servicio de los intereses de las amplias mayorías trabajadoras de nuestro pueblo, del capital nacional y del desarrollo político, cultural y social de la nación.

c) La crisis de estructura

Por lo que ya hemos dicho, podemos concretar que los países dependientes y semi-feudales sufren una crisis permanente, que consiste en un conjunto de deformaciones de la estructura de la producción, las cuales determinan, a su vez, un conjunto de violaciones a la reproducción normal, que afectan radicalmente en ellos la acumulación de capital, determinando un raquítico fondo de reinversión y colocándolos en la situación de tributarios de las grandes potencias capitalistas y en una crónica incapacidad para resolver sus ingentes necesidades de desarrollo económico, social y político. Esta crisis permanente es, pues, una crisis de estructura, cuya solución sólo puede alcanzarse por medio de profundos cambios estructurales. Las deformaciones y violaciones aludidas atrás podrían resumirse así:

Deformaciones de la estructura de la producción:

- 1—El capitalismo se desarrolla a partir de la agricultura o la minería y no a partir de la industria.
- 2—Hay un nulo o casi nulo desarrollo de la Primera Sección (la que produce medios de producción), especialmente en el sector de la misma que produce medios de producción para producir otros medios de producción (construcción de máquinas, industria química pesada, etc.).
- 3—La Segunda Sección (que produce para el consumo personal) es voluminosa en relación a la Primera, pero de baja productividad y agudamente especializada hacia la exportación.

Violaciones a la reproducción normal:

- 1—En la Primera Sección, a causa de su débil desarrollo, no se crea el fondo de reposición de medios de producción para ella ni para la Sección Segunda.
- 2—Se establece un divorcio entre el aspecto valor y el aspecto físico de la producción. Al venderse los productos se obtiene el fondo, en su aspecto valor, para reponer los medios de producción desgastados o consumidos (valor de las materias primas, del desgaste de las máquinas, etc.) pero no se obtiene en el país el fondo de reposición en la forma física de esos medios de producción consumidos o desgastados. Para lograrlo hay que recurrir al comercio exterior y poner la cabeza dentro de las tijeras del comercio no equivalente que manejan las potencias imperialistas.
- 3—La Sección Segunda, a causa de su especialización aguda en los renglones de exportación, no abastece a la población de suficientes alimentos y demás medios de consumo personal, razón por la cual debe recurrirse también al mercado exterior en busca de esta clase de mercancías y poner una vez más la cabeza en medio de la tijera de precios.
- 4—Al no abastecer la Primera Sección a la Segunda con medios de producción, tiende ésta a conservar su baja productividad, basada en la utilización de herramientas primitivas y técnicas atrasadas. Es cierto que estos elementos pueden importarse para modernizar la producción, pero no ocurre así más que en lo que toca a los renglones que producen para exportar y en la instalación de pocas fábricas propias de la Segunda Sección, generalmente de capital extranjero, a cuyo papel en el desarrollo económico de estos países ya nos hemos referido atrás.

¿Cómo salir de la crisis de estructura?

En primer lugar, es imprescindible realizar una profunda Reforma Agraria, dirigida a liquidar el monopolio que pesa sobre la tierra, con el filo dirigido, en otras palabras, contra la propiedad latifundista y los remanentes feudales en general. La Reforma Agraria reorganiza la distribución del ingreso nacional, dotando de poder adquisitivo mayor a cientos de miles de personas que ahora se encuentran casi al margen de la economía de mercado, elevando la cuota de acumulación de capital para los pequeños y medianos agricultores, enriqueciendo la demanda interior para las dos Secciones de la producción, creando un poderoso estímulo para el desarrollo industrial. **En segundo lugar**, debe procederse a buscar un comercio exterior equivalente, diversificando el comercio con los propios países capitalistas a fin de aprovecharse de su competencia y, sobre todo, abriendo relaciones comerciales con los países socialistas, cuyas normas de comercio con los países atrasados se guían precisamente por la equivalencia de precios. Al mismo tiempo, el gobierno del país debe reforzar activamente la lucha de todos los países atrasados del mundo en el seno de los organismos internacionales, por imponer a las potencias imperialistas un trato comercial cada vez más justo. **En tercer lugar**, debe procederse a la nacionalización de las grandes empresas de capital monopolista extran-

jero y a restringir las exportaciones de ganancias e intereses. **En cuarto lugar**, debe aplicarse un plan de desarrollo industrial que procure impulsar preferentemente el crecimiento de la Primera Sección, especialmente la industria pesada (la que produce máquinas y medios de producción para producir otros medios de producción en general). Desde luego, hay países pequeños como el nuestro, pobremente dotados de recursos naturales para dar fundamento suficiente al pleno desarrollo de una industria pesada. En estos casos, sin embargo, debe desarrollarse todas aquellas ramas de la Primera Sección para las cuales existan condiciones que les permitan laborar en términos rentables y procurarse un abastecimiento de medios de producción por la vía de un comercio exterior **equivalente**. En el caso concreto de los países centroamericanos, este problema del desarrollo de la Primera Sección debe abordarse con criterio de integración regional, porque tomado el Istmo en conjunto podría contarse con los recursos naturales necesarios.

El desarrollo de la Primera Sección es clave para asegurar la independencia económica, reviste importancia estratégica en lo político, militar, social y económico y, por consiguiente, debe ser de propiedad nacional y no extranjera; más aún, debe ser de propiedad estatal y no privada.

Tanto la lógica del desarrollo nacional, como también la lógica del desarrollo mundial empujan hacia una solución revolucionaria para la crisis de estructura. Si el problema se ve desde el punto de vista interno, resulta evidente que no puede conservarse por mucho tiempo la actual estructura, porque ella ha entrado en abierta contradicción con el progreso nacional y con los intereses vitales de la inmensa mayoría. Pero si se examina esta cuestión partiendo del curso del desarrollo mundial, no sólo resalta que el signo de nuestra época consiste en el tránsito de la sociedad humana al socialismo, proceso del cual es parte integrante también la sociedad salvadoreña; sino también que los cambios en la técnica de la producción van dejando sin su "puesto bajo el sol" a la producción de materias primas y en especial a las materias primas agrícolas, desplazadas por los materiales sintéticos. La aplicación en masa de la energía nuclear a la industria acelerará mucho más este proceso. Los países desarrollados compradores de nuestras materias primas, son los primeros en adoptar las conquistas de la ciencia y la técnica y ya han reducido bastante la proporción de sus compras de materias primas, porque ahora las fabrican ellos mismos.

Mientras declina en el mundo la demanda de materias primas naturales, los países dependientes y coloniales continúan con su suerte atada a la producción y exportación de las mismas. Esto es absurdo, está contra la lógica del desarrollo mundial y, por tanto, no podrá sostenerse. Las fuerzas revolucionarias estamos sintonizadas con la hora del mundo y con su rumbo de progreso: la Revolución es, por eso, el mañana inevitable de nuestro país y de toda Latinoamérica y la Reforma Agraria revolucionaria estará en el centro del Programa de esa Revolución.

Dejaré para otro artículo el análisis concreto de cómo debe ser la Reforma Agraria, y en particular, la que nuestro país necesita, lo mismo que la polémica con las otras tesis sobre la materia.

Schafik Jorge Handal.
San Salvador, El Salvador, C. A.

